



Así que supongo

[1]



que nos quedaremos callados — quiero pensar, para no quedarme por lo menos totalmente en blanco, sin mucha decisión ni demasiadas ganas, la verdad, porque yo me había encariñado con esto y mi ilusión era toda una serie de largas conversaciones — aunque quizás sólo como recurso extremo y a la desesperada, haciendo un esfuerzo tan tremendo que ya noto, con tan nada más imaginarlo, cómo a causa de la tensión emocional me laten las sienes asaltado, además, en parte por la duda, por la incertidumbre angustiosa de estarme aventurando (en solitario y sin ayuda de nadie que me oriente) en conjeturas para las que ni mi inteligencia ni mi sentir estén a lo mejor capacitados y, por otro lado y no en menor medida, por el temor de que me vuelva a echar la bronca furioso e irritado porque *¿quién eres tú, so pedazo de atún?*, me podría reprender, y con razón, *para embarcarte en algo tan enormemente delicado como lo es el silencio en la literatura.*

Así que no; no vamos a quedarnos callados. No sólo no nos quedaremos callados sino que para evitar el caer en la tentación de que tal suceda ni siquiera voy a suponerlo.

Imaginaré que hablamos o, quizás mejor y para no dejar para mañana lo que puede hacerse hoy, imagino que hablaremos. Eso es; lo imagino ahora mismo y desde ya aunque lo que no sé todavía es de qué ni cuándo pero entiendo que no puede ser demasiado difícil. Las personas suelen hablar de cualquier cosa y además con bastante soltura si es de algo de lo que no entienden, de modo que, como dice Lola, “lo tenemos fácil”.

Así que supongo

[2]

- Ah, ¿usted también? — le pregunto, un poco irritado, en tono levemente irónico, molesto de que se meta en lo que no le importa.

- Oh, qué cosas dice usted. Yo no.

- Es decir — acentúo un poquito más el tono irónico; casi, y no estoy pretendiendo presumir, logro que suene sarcástico — que usted entiende de todo.

Su réplica es que piense un poco.

- ¿En qué?

- En la tontería que termina de decir... A menos que de verdad piense — habla ella desde lo alto de la escalera; yo le he dicho “ese tipo de tareas suelen hacerlas los maridos” y ella ha contestado “pero yo soy viuda, ¿no se lo he contado?”, y yo quiero decirle que me estaba refiriendo a los hombres, los hombres en general, pero ella después de los puntos suspensivos que utiliza para lanzarme una mirada fugaz pero incisiva sigue ensartando anillas en la barra de las cortinas —; que de verdad piense que hay algo en este mundo de lo que pueda saber yo más que usted.

Ha metido ya todas las anillas en la barra, o la barra en todas las anillas, y tras colocarla en los soportes baja los peldaños diciendo que además es su trabajo y que la contraté para eso; y que eso es lo que piensa hacer, y sushi y croquetas y planchar y lentejas, pero que si he depositado en ella alguna esperanza de que me saque las castañas del fuego en asuntos más...

Así que supongo

[3]

Ha llegado al suelo y mira ahora las cortinas recién puestas, y las alisa con las manos, y rectifica el vuelo con los dedos; y suspira.

–... elaborados, trascendentes, enjundiosos no sé si me entiende.

... ya puedo ir abandonando toda esperanza o “porque hay personas muy pagadas de sí mismas, ¿sabe?, que creen poderlo todo, pero sinceramente y con toda humildad he de reconocer que no es mi caso” buscándome a otra.

Y que, total, quien hace un cesto hace ciento y, cuando hago intención de acercarme a plegar la escalera con idea de devolverla al trastero, me da un manotazo enérgico en el brazo protestando “le he dicho que este tipo de tareas es asunto mío” y por no hablar, añade, del desconcierto que me traigo porque “si es que yo me entero de la historia de mi propia vida — dice — o usted tiene una vaga noción de qué son los espacios y los tiempos” ha de suponerse que estoy en mi despacho, en el ministerio, garabateando en los márgenes y en los reversos de los expedientes borradores, apuntes, pequeñas anotaciones disparatadas a veces, inconexas y sin demasiado sentido quizás pero “haciendo su trabajo — dice — el suyo” para el que mi creador me dio la vida, dice, la mía, con mis habilidades y mis limitaciones y mis zozobras y mis dudas y mis inquietudes y mis angustias ante la amenazante impavidez del papel en blanco que, le digo yo, “pero Lola, por favor no me haga trampas, que recuerdo perfectamente que lo de la impavidez amenazante no es mío”; y ella responde que la trae completamente sin cuidado de quién fuera, que no tiene

Así que supongo

[4]

porqué saber el orden ni las secuencias ni los quiénes ni los cuándoos ni los dóndeos de nada ni de nadie que sea anterior a su existencia, y que ella llegó a este mundo, dice, golpeando con su índice de uña roja sobre mis papeles, mucho después...

- ... así que no me maree ni se quiera desentender de sus responsabilidades arrojándolas sobre mis pobres espaldas, que bastante tengo yo con mis propios quehaceres, hoy, precisamente, que me tengo que repasar el Orlando furioso, enterito, para tenerle localizado, a la noche, cuál es el canto por el que dice la señora... esa que nunca me acuerdo de cómo se llama, pero no es ni Margarita ni Azucena ni Rosa, pero esa que usted dirá que diría su tía que tiene aspecto alarmante, ya la verá con los bomberos y la demás gente y la negligé y la estola, el canto por el que dice ella o quiero decir entiéndame dirá que irá por entonces Indalecio, porque usted va a llegar tarde, acuérdesese, y pueda usted escribirlo en palabras de su boca, de esa señora, sin equivocarse de canto ni del perfil del personaje que, usted, capaz es de confundirla con el vecino de los tacones verdes de los Ramírez y adjudicarle una personalidad del todo inadecuada.

Pero que no le extraña, porque con esa costumbre tan mala que tengo de pretender llevarlo todo en la cabeza, Sonia (o, bueno, la suegra a lo mejor, dice) tendrá llegada la ocasión razón en eso, lo más probable es que las piezas no encajen o queden cabos sueltos que a saber luego cómo ni por dónde enlazar.

- Y ahora perdone — concluye — pero tengo que dejarle porque además de que me siento muy ridícula

Así que supongo

[5]

hablando sola y de que usted no me estará haciendo ni caso tan embebecido como debe de estar en el silencio que tiene entablado con su amigo tengo todavía que prepararle la comida que hoy irá ligerita o sea un cocido en la superrápida que se hace en un periquete y dejarle una nota de que lo siento pero no tendré tiempo de coserle el botón del puño de la camisa azul de rayas porque mi teléfono no tiene batería y con el suyo como tan desconfiado y misterioso tiene el despacho cerrado con llave pues no puedo pero ha estado toda la mañana sonando y los puntos y las comas y todo eso colóquelos usted mismo donde convenga que cada cual ha de cumplir su misión y esa usted debería de saberlo bien no es aunque me temo que no cuál sí lo es mía